

Signió entonces el santón,  
muy loco ó muy confiado,  
su doliente relación,  
con el Monarca encarado  
y á guisa de inspiración:

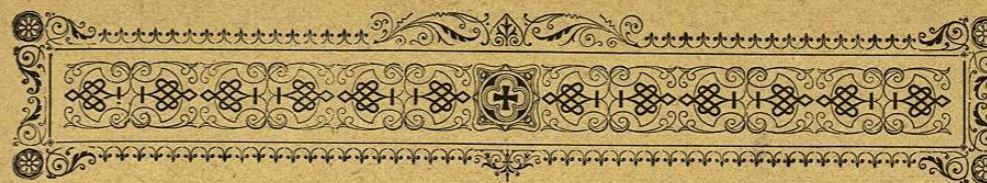
«La tregua está quebrantada,  
y á muerte al traidor sujeta.  
¡Ay de ti, bella Granada!  
¡Cayó en ti, desventurada,  
La maldición del Profeta!

»Borrada su suerte hallé  
del pensamiento divino:  
por ti, ciudad mucho oré;  
y para leer tu destino,  
hasta el cielo penetré.»

Oyóle Hazem un momento,  
y enfurecido además,  
dijo, dejando su asiento:  
«¡Quien leyó en el firmamento,  
no puede llegar á más!»

La turba ve estremecida  
la rabia del Rey, y calla,  
y el Rey dijo á su salida:  
«Quitad á ese hombre la vida  
en lo alto de la muralla.

»Cuando vengan los cristianos,  
siguió volviendo á los moros,  
lanzas tenéis en las manos:  
¡cerrad con ellos, villanos,  
como cerráis con los toros!



## Príncipe y Rey.

### ROMANCE HISTÓRICO

Está la noche serena;  
la luna, sin pardas nubes  
que la empañen, limpia y clara  
en el firmamento luce.  
En derredor las estrellas,  
con multiplicadas lumbres  
tachonan del aire vano  
los pabellones azules.  
Eresma por entre peñas  
su escaso raudal conduce  
á las plantas de un alcázar  
que en sus arenas las hunde;  
y ya en montones de espuma  
revoltoso se derrumbe,  
ya con transparentes ondas  
manso y humilde murmure,  
nunca es más que un corto espejo  
que adula la excelsa cumbre,  
porque permita al palacio  
que en su cristal se dibuje.  
Está la noche serena,  
y á pasos rápidos huye  
sobre la choza pajiza  
y la espléndida techumbre.  
Calla el viento; el aura apenas  
suelta ráfaga que ondula;  
Eresma hace que sus ondas  
no desvelen, sino arrullen,  
y si algún pájaro errante  
hay que el silencio interrumpe,

avergonzado se duerme  
por no tener quien le escuche.  
Mas no es tan hondo el silencio  
que el aura á veces no crucen  
los incompletos compases  
que danza vecina arguyen.  
Oyese el rumor lejano  
de contenta muchedumbre  
que entre cánticos y brindis  
el sueño tenaz sacude.  
La danza es en el alcázar,  
que el príncipe Enrique cumple  
hoy años, y á malgastarlos,  
junta los más que le ayuden.  
La copa de los placeres,  
para que ansiosos apuren  
cuantas damas y galanes  
hay en Castilla, reune.  
La vida es corta; los días  
se menguan y disminuyen;  
la molición es cortesana,  
y los placeres son dulces.  
¿Qué importa que el rey don Juan  
contra los rebeldes luche?  
El Príncipe vive y goza,  
que como á quien es le cumple.  
¡Fiestas y danzas! Los reyes  
no son hidalgos comunes  
en cuya frente se ostentan  
el valor y las virtudes.

Una frente coronada  
radia sólo tantas luces,  
que los ojos atrevidos  
á sus destellos sucumben.  
Por eso suenan alegres  
las chirimías y adules,  
haciendo que sus compases  
de sala en sala retumben;  
por eso amoroso abrazo,  
despertador de inquietudes,  
los talles de las hermosas  
al ceñidor sustituyen;  
por eso el cendal flotante  
gira en círculo voluble,  
revelando lo escondido  
tras lo que traidor descubre.  
¡Oh! Hermosas son las hermosas  
cuando, aspirando perfumes,  
mas ocultos sus hechizos  
entre transparentes tules,  
suelos los cabellos de ébano  
en espirales y en bucles,  
de amar y gozar sedientas  
á los salones acuden.  
Aquel aliento que envía  
un suspiro á que se cruce  
con un suspiro que deja  
que aquél su lugar ocupe;  
aquel murmullo continuo  
que hace que el aura susurre  
con mil acentos sin forma,  
que entre sus pliegues confunde;  
aquella blanda sonrisa  
que vida en un alma influye,  
mientras aguarda favores  
en penada incertidumbre;  
aquellos húmedos ojos  
á cuya luz se destruyen  
los hielos del corazón  
cuando de esquivo presume;  
tantos acasos pensados  
que en rodeos mil conducen  
al revuelto laberinto  
de amantes solicitudes;  
y todo ello en un palacio  
donde tormentosa bulle  
cuanta pompa, intriga y gala  
la faz de un Príncipe influye,  
hacen que los corazones  
tan embriagados se ofusquen,

que deliren paraísos  
bajo el cielo que les cubre.  
Espléndido está el salón,  
y aunque mucho disimulen  
las damas, están contentas  
cuando los maridos sufren.  
El Príncipe galantea,  
y las damas de más lustre  
le deben hoy tantas flores  
cuanto algunos pesadumbres.  
Porque él, con una en los brazos,  
toda una danza interrumpe,  
haciendo que en raudos círculos  
mil veces el salón cruce.  
Pie con pie, mano con mano,  
al muelle, lánguido empuje,  
la lleva en pos blandamente,  
la suspende y la sacude.  
Ella, adormecida, suelta,  
sobre brazo tan ilustre,  
más se abandona y descuida,  
porque más él la asegure.  
Flotan los rizos de entrambos,  
los alientos se confunden,  
crúzanse los pies veloces,  
vagan los mantos volubles;  
el labio pide á los ojos  
osadía, amor y lumbre,  
y los labios á los ojos  
suplican que no pronuncien.  
Los ojos suplen las voces,  
la sonrisa el fuego encubre,  
y así al amor y al placer  
todo sirve y todo suple.  
¡Espléndido está el salón,  
todo el aire son perfumes,  
música, citas, suspiros,  
murmullo, plumas y luces!  
Mas hay un hombre sombrío  
á quien todos llaman Duque,  
y á quien ninguno aventaja  
en la gala que le cubre,  
cuyos dos ojos tenaces,  
sin que se aparten ó muden,  
en el Príncipe están fijos  
cual si temiera que le hurten:  
si algún importuno acaso  
su tenacidad reduce,  
siempre á su objeto ambiciosos,  
rápidos se restituyen.

Al acero se parecen,  
que por más que se procure  
doblarle contra el imán,  
siempre hacia el imán resurte:  
mientras, descuidado el Príncipe,  
sin que su gozo perturben,  
con una dama en los brazos,  
por el salón baja y sube.  
Es cierto que alguna vez  
mira de reojo al Duque;  
mas éste, firme y tranquilo,  
ni le busca ni le huye.  
Es verdad que alguna vez  
el primogénito ilustre  
su voluptuosa pareja  
por delante dél conduce;  
y tal vez, aunque no altivo,  
de distinguirle se excuse,  
no se alcanza á comprender

si es que le honre ó que le injurie;  
mas el Duque no por ello  
en desmán alguno incurre:  
siempre el respeto le sobra,  
ya le responda ó le escuche.

Cesó la danza y la música,  
que ya el albor se descubre  
del alba, que por los vidrios  
asoma sus turbias luces:  
quedó el alcázar tranquilo,  
despejó la muchedumbre,  
sonó un beso, y don Enrique  
entregó su dama al Duque.  
Aquél dijo: «Hasta mañana.»  
Contestó éste: «Si á Dios cumple.»  
Y don Enrique, volviéndose,  
siguióle la servidumbre.





## La cortina verde.

Son unas horas después,  
y vense en su gabinete,  
Inés en un taburete,  
y don Enrique á sus pies.

Testigos de sus deslices  
en aquel retrete obscuro,  
están colgados del muro  
de Flandes cinco tapices.

Toda sorpresa exterior  
previenen las celosías  
y dos dueñas, de vigías,  
que están en el corredor.

Lucha la luz con la sombra;  
el rojo sol de Occidente  
colora confusamente  
las labores de la alfombra.

Las flores, desde el jardín,  
prestan al aura perfume,  
y otro al fuego se consume  
en el mismo camarín.

Todo es paz, calma y quietud  
en el retrete oriental;  
mas si no es paz criminal,  
no es la paz de la virtud.

Don Enrique está hechicero;  
doña Inés como una estrella;  
voluptuosa está la bella,  
y galán el caballero.

En los ojos de la hermosa  
se está mirando el galán,  
y ambos atizando están  
hoguera tan peligrosa.

Ella, en recreo infantil,  
destréñzale los cabellos,

bucles haciéndole de ellos  
con sus manos de marfil.  
Él, con sonrisa liviana,  
en acento adulator  
dulces palabras de amor  
la dice á la cortesana.

Ella de orgullo suspira  
gozando el favor Real,  
aunque él interpreta mal  
la vanidad que la inspira.

Él mancebo y sin consejo,  
en su amor se está abrasando;  
pero ella está contemplando  
su contorno en un espejo.

Él la dice: «Hermosa estás»;  
y en silencioso desdén  
dice ella: «Lo sé tan bien,  
que advertirlo está de más.»

Él, con el dulce reclamo  
del silencio engañador,  
traduciéndolo mejor,  
añade: «Inés yo te amo.»

Ella, culpando su exceso,  
cuando más cerca la estrecha,  
le da de sí satisfecha,  
por cada palabra un beso.

Y en larga conversación,  
ella altiva, él importuno,  
demuestra bien cada uno  
el afán del corazón.

Así el Príncipe decía  
enajenado á la hermosa;  
y astuta y voluptuosa,  
ella así le respondía:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DON ENRIQUE

Un reino me aguarda, sí;  
con él media vida diera  
por gozar, Inés, siquiera  
la otra media junto á ti.

DOÑA INÉS

Siendo Príncipe, señor,  
dierais, existiendo un año,  
cada mes un desengaño  
á vuestro constante amor.

DON ENRIQUE

Pasiones fueran livianas,  
pasatiempos nada más;  
que no encontrara quizás  
sino amor de cortesanas.

Mas, Inés, viéndote á ti,  
equivarte fuera en vano.

DOÑA INÉS

Hoy me aduláis cortesano,  
que estáis delante de mí.

DON ENRIQUE

Te lo juro, hermosa Inés:  
diera mis Reales palacios,  
mis coronas de topacios,  
por vivir siempre á tus pies.

DOÑA INÉS

¿Tan bella, Enrique, os parezco?

DON ENRIQUE

Como tú no nacen dos,  
y por ello, ¡vive Dios!  
sufro mal que no merezco.

DOÑA INÉS

¿Vos por mí males?

DON ENRIQUE

Si á fe.

DOÑA INÉS

No os entiendo.

DON ENRIQUE

¿Me amas? Di.

DOÑA INÉS

En mi alma, de vos á mí  
si hay diferencia no sé.  
Mas....

DON ENRIQUE

¿Qué, Inés?

DOÑA INÉS

¿Habéis oído?

Jurara que algo sonó.

DON ENRIQUE

Nada he percibido yo....  
ilusión tuya habrá sido.

Quedó Inés un punto en pie  
escuchando perspicaz,  
y asíóla el Príncipe audaz  
repetiendo: «Nada fué.»

Y á fe que era la quietud  
de aquel ansioso momento  
tan honda en el aposento  
como en desierto ataúd.

Ningún rumor la turbaba,  
ningún susurro se oía,  
si alguna vez se eximía  
la brisa que murmuraba.

Los vapores del perfume  
que exhala el ancho pebete,  
aroman el gabinete  
y el aire que los consume.

La rica tapicería  
inmóvil en el muro está,  
y á sitio seguro da  
cada puerta y celosía.

Hay en el fondo una alcoba  
que, aunque en la sombra se pierde,  
espesa cortina verde  
al ojo su interior roba.

Tal vez el aura sutil  
un instante la movió,  
y eso sin duda causó  
á Inés su terror pueril.

Mas repuesta y sosegada  
junto al Príncipe otra vez,  
díjole con candidez:

«Tenéis razón: no fué nada.

»Mas perdonad que haya sido  
tan fácil para el temor,  
que aunque os tengo mucho amor,  
tengo miedo á mi marido.»

DON ENRIQUE

No me le nombres, Inés,  
que hasta su nombre me irrita.

DOÑA INÉS

La vida, señor, me quita  
con tan celoso como es.

DON ENRIQUE

¡Ah! ¡Inés mía, ese es el mal  
que lamentaba hace poco!.....  
Tengo de volverme loco  
con un hombre tan cabal.

No hay cortesano mejor  
ni más puntual caballero,  
en la obediencia el primero,  
y el primero en el valor.

No hay medio de hallarle infiel  
ni falta que acriminar,  
ni encuentro qué castigar  
por más que lo busco en él.

En la primera excepción  
en que incurra, ha de morir.

DOÑA INÉS

Señor, ¿eso osáis decir?

DON ENRIQUE

Alma mía, celos son.  
No puedo pensar en paz  
que él goza de tu hermosura,  
cuando por igual ventura  
me lamento sin solaz.

¿Te parece digna traza  
de un Príncipe que osa amarte,  
esperar por sólo hablarte  
á que él se salga de caza?

¿Es digno de mi ambición  
que cuando él parte tu lecho,

TOMO I

me dé yo por satisfecho  
con verte por un balcón?

DOÑA INÉS

Pero yo, Enrique, os adoro.

DON ENRIQUE

Sí; y en ese amor sobrante  
me arrebatas el diamante,  
¡dándome el arillo de oro!

DOÑA INÉS

Os doy cuanto puedo dar.  
No podéis más exigir.

DON ENRIQUE

Aunque él haya de morir,  
tu amor sólo he de alcanzar.

Ronco, ahogado, comprimido,  
sonó un fugitivo acento,  
como el rumor del aliento  
largo tiempo detenido.

Perdió la dama el color,  
púsose el Príncipe en pie,  
recelando ambos que esté  
alguno en el corredor.

Mas por el mismo lugar,  
con muy recatada seña,  
oyóse á la astuta dueña  
por el corredor llamar.

—Adiós, señor, dijo Inés,  
que de partiros es hora.  
—¿Hasta cuando?

—Por ahora.

Si gustáis, hasta después.

—¿Tanta ventura es verdad?

—Os lo había prometido;  
de caza está mi marido  
válganos la obscuridad.

¿Vendréis?

—¿Cómo no?

—Atended;

no hagáis confianza vana,  
abierta está la ventana  
y es áspera la pared.